



Otra lectura de Freud

Patricia Corres Ayala*

Puesto que vivimos en una cultura donde la agresividad es la norma y ésta forma parte de la identidad masculina, la ternura se convierte en un problema para el hombre adulto pues ella implica una identificación y, a su vez, un acercamiento al prójimo, cualquiera sea su género. Y puesto que este sentimiento nos revive la memoria de nuestros primeros años, nos coloca en la sensibilidad, en la cercanía y rompe la división que justifica toda forma de soberanía, de dominación. De ahí que el ser hombre no coincida con tal experiencia, ya que lo masculino encuentra su identidad en la distancia, la invulnerabilidad y la agresión. Por tal motivo, para los hombres, la ternura queda alienada, al mismo tiempo que ellos se alienan con la ternura.

* Psicóloga, Maestra en Filosofía y Doctora en Sociología del Conocimiento. Investigadora de la Facultad de Psicología de la Universidad Nacional Autónoma de México.

Con este título tan amplio, podemos esperar cualquier cosa que se diga respecto de algo incluido en la obra de Sigmund Freud, por lo que se hace necesario aclarar de qué se va a tratar este escrito.

En la teoría freudiana resulta de medular importancia el proceso mediante el cual el individuo se va constituyendo como sujeto de sexualidad, lo cual para el autor del psicoanálisis viene a ser la vía de conformación de la subjetividad. A lo largo de este devenir, el sujeto se hace junto con el objeto que en la concepción freudiana es objeto de placer. Dicho proceso se inicia en lo que Freud llama el autoerotismo y culmina con la ubicación del objeto placentero —en el exterior—, no únicamente del sujeto, sino de su ambiente familiar; de tal modo que se cumpla con la función reproductora —considerada la meta de la vida sexual—, si vemos en cada individuo la posibilidad de conservación de la especie.

En el trayecto que sigue el objeto de placer para cada uno de nosotros, Freud le da un papel fundamental a la figura materna y señala que posterior al autoerotismo, el sujeto se centra en el amor a la madre. Esta etapa es denominada *complejo de Edipo* debido a que en el modelo explicativo freudiano se toma como base la tríada madre/padre/hijo. El caso de las niñas se da de modo diferente, puesto que aquí ambas —madre e hija—, son mujeres. Según el autor, ello conlleva grandes dificultades al sexo femenino que tiene que pasar luego de la madre, al padre, para finalmente colocar su objeto de placer en un sujeto del género masculino.

Sobre este último punto nos gustaría detenernos, pues nuestra perspectiva se dirige a reflexionar acerca

de las dificultades que le trae al hombre este vínculo materno, en la constitución de su subjetividad masculina en una sociedad como la nuestra. Lo decimos en el sentido de que tanto para el niño como para la niña, su madre es el primer ser humano con el que se identifican, lo cual no representa problemas para la última, pero sí lo es en el caso del primero.

La forma del amor materno es la ternura y este elemento que juega un papel fundamental en el vínculo amoroso, no se considera para la constitución de lo masculino; entonces ¿qué va a hacer el niño cuando su primer aprendizaje del amor, es ternura? ¿Hasta dónde nuestra sociedad le permite a un hombre afirmarse como tal en el amor, a través de la ternura? ¿Podríamos pensar que una sociedad en la que se disocia la ternura de la sexualidad, está complicando las relaciones amorosas entre hombres y mujeres?

El presente escrito tratará de dar algunas ideas para continuar nuestras preguntas respecto de lo conflictivo que le resulta a la mayoría de los hombres pertenecientes a nuestra sociedad, expresar la ternura como parte del amor sexual.

¿Cómo se hace una identidad?

En su texto *Más allá del principio del placer* (1920) Freud señala, coincidiendo con planteamientos de otras ciencias como la física, la biología —incluso con la Biblia—, que procedemos de un universo indiferenciado, caótico y que de ahí nos vamos cons-

truyendo como individuos, es decir, seres diferenciados los unos de los otros; a tal posibilidad le llama vida. No obstante, existe una fuerza que nos atrae hacia ese origen indiferenciado y a ella se le denomina *entropía*. Este impulso nos acompaña, no desaparece del todo aun cuando ya hayamos logrado un alto grado de diferenciación, pues siempre existe esa meta que nos está esperando y que es la muerte, donde todos somos lo mismo; así, la vida se convierte en una resistencia a ser vencidos por el poder entrópico. Al respecto, Freud señala:

“Si nos es lícito admitir como experiencia sin excepciones que todo lo vivo muere, regresa a lo inorgánico, por razones internas, no podemos decir otra cosa que esto: la meta de toda vida es la muerte; y retrospectivamente: lo inanimado estuvo ahí antes que lo vivo.”¹

Este planteamiento es posterior al esquema de desarrollo de la sexualidad (1901 - 1905) donde Freud enfatiza el placer, cuya trayectoria se despliega desde el propio cuerpo hasta la elección de pareja, y pretende explicar el proceso de individuación, es decir, de formación de la subjetividad. Aquí el autor le concede un papel primordial a la madre como el origen, el punto de partida y la fuente de placer. De ello que sea tan importante la tesis del *complejo de Edipo*.

La idea de Freud es que en la fase del *complejo de Edipo*, el niño está enamorado de la madre y, ante ello, el padre aparece como un rival. Aparentemente aquí no hay problema en cuanto a que el planteamiento freudiano tiene como modelo la heterosexualidad, misma que se cumple en el vínculo madre/hijo. La

dificultad inmediata del niño es su competencia con el padre, por el cariño de la madre.

En cambio para la niña, siendo la madre el primer objeto de amor ¿cómo sigue su camino hacia la heterosexualidad, es decir, hacia el padre? Aquí Freud parece indicar que el problema de la mujer es el paso al objeto de amor masculino, lo cual le queda resuelto al hombre puesto que, al enamorarse de su madre, lo hace con alguien del sexo contrario.

Haciendo alusión al señalamiento de Freud respecto a la condición de la niña en relación con la madre, P. L. Assoun, epistemólogo del psicoanálisis, nos dice:

“La mujer tiene todo el tiempo un vínculo por cortar para salvar a otro. Ello la conduce, llegado el caso, a un trabajo de “trapezio” en el cual, habiéndose ajustado extensamente a un cierto régimen de objeto, tiene que abandonarlo para volver a lanzarse en un vacío vertiginoso, hacia otro objeto.”²

De aquí se siguen supuestos como el de que la niña le tiene envidia al niño porque su condición desventajosa se inicia desde ese vínculo afectuoso hacia un ser de su mismo sexo.

Pero si tomamos en cuenta las elaboraciones posteriores de Freud, plasmadas en el escrito *Más allá del principio del placer*, y aplicamos la idea de la indiferenciación como punto de partida de la vida, ello nos hace pensar que, antes de considerar a alguien “objeto de amor” es menester que se haya dado una identificación para dar paso a la diferenciación implícita en el vínculo con el objeto amoroso. En tal caso, el niño y la niña tienen como primer objeto de identificación a su propio cuerpo,

pero además de los reflejos que trae consigo éste, es la madre la que con sus caricias y su calor, va a “señalar” su existencia; es su mirada, el modo de tratar al hijo o a la hija, lo que permite la identificación con el sí mismo, a través del contacto materno. Nos vamos a re-conocer por la madre y en ella. Esta es justamente la parte difícil para el niño, según nuestra perspectiva, pues ¿cómo identificarse con una mujer? ¿Cómo reconocerse en ella? para luego terminar una etapa importante de constitución de la identidad, con la identificación hacia el sexo del padre que, en tal caso, es el que le corresponde al niño.

A este residuo o a esta huella que deja la madre en el hijo, en la que se contiene y se refleja su imagen, pudiera llamársele lo femenino en el hombre adulto; eso que le cuesta tanto trabajo aceptar en él y que trata todo el tiempo de ocultar, como una amenaza a su integridad, es decir, como si lo fuera a desintegrar, volviéndolo al lugar de origen, a la indiferenciación, a la madre, a la muerte/vida, a la ambivalencia. Porque lo masculino en el niño, como en la niña, es un patrón tardío, posterior a la convivencia con la madre; el padre aparece tarde en la escena del nacimiento.

Lo femenino en el adulto es lo que involucra la ternura y ella, a su vez, refiere a los sentimientos que evocan el acto de dar, de cobijar el cuerpo del otro con el propio, de reconocerse en el que tenemos frente a nosotros, en una unión. La ternura tiene que ver con el acercamiento, sin miedo a perder la integridad, para encontrarse en el otro, para conciliarnos con esa parte infantil que es la huella de la fragilidad pero, a la vez, de la más aguda

sensibilidad. La ternura es esa condición de los sentidos a flor de piel en la cual cualquier contacto deja marca, desde el roce de la mano hasta la palabra simple, la que habla de lo sencillo, la que se usa para indicar en un lenguaje directo, sin el rodeo y la sofisticación conceptual, cómo sentimos al mundo y cómo nos sentimos en él.

Para Freud es difícil plantear la cuestión de la ternura; él la distingue de la sensualidad y la identifica con el amor materno, cuya meta no es genital, es decir, no es la realización del acto sexual. De ahí que el hombre tenga complicaciones con la ternura puesto que ella no puede conciliarse fácilmente con el deseo sexual, propio del objeto de amor adulto. Y en la medida en que se presente una disociación entre lo tierno y lo sensual —que marca la ruta hacia la genitalidad—, se dará origen a los comportamientos anormales en la sexualidad del individuo. Al respecto señala el autor:

“En este caso no confluyen una en la otra, dos corrientes cuya reunión es lo único que asegura una conducta amorosa plenamente normal; dos corrientes que podemos distinguir entre ellas como la tierna y la sensual. De esas dos corrientes, la tierna es la más antigua. Proviene de la primera infancia, se ha formado sobre la base de los intereses de la pulsión de autoconservación y se dirige a las personas que integran la familia y a las que tienen a su cargo la crianza del niño. Ahora bien, en la pubertad se añade la poderosa corriente “sensual” que ya no ignora sus metas.”³

Puesto que vivimos en una cultura donde la agresividad es la norma y ésta forma parte de la identidad masculina, la ternura se convierte en un problema para el hombre adulto pues ella implica una identificación y, a su vez, un acercamiento al prójimo, cualquiera sea su género. Y puesto que este sentimiento nos revive la memoria de nuestros primeros años, nos coloca en la sensibilidad, en la cercanía y rompe la división que justifica toda forma de soberanía, de dominación. De ahí que el ser hombre no coincida con tal experiencia, ya que lo masculino encuentra su identidad en la distancia, la invulnerabilidad y la agresión. Por tal motivo, para los hombres, la ternura queda alienada, al mismo tiempo que ellos se alienan con la ternura.

La envidia es otro aspecto de la constitución de la subjetividad no solamente femenina, sino también masculina; pero se le ha identificado con mayor insistencia en la mujer, al grado de verse como algo característico de ella. En realidad, la envidia está por todos lados en la vida del niño: envidia a la madre al darse cuenta de que

es otra persona distinta a él, y no puede ser como ella; envidia hacia el padre por poseer a la madre. Esto podría vivirse como una tragedia que se resuelve cuando el padre salva al hijo ofreciéndole la posibilidad de encontrar su “ser hombre” y, simultáneamente, equilibrar las carencias que pueda sentir al compararse con la madre, reconocida como la que da, la que es el origen, la que nutre. Estas compensaciones son los grandes privilegios que la sociedad le ha ofrecido al ser masculino. De aquí podríamos decir que la sociedad es la segunda madre del hombre.

La niña, en cambio, tiene a la madre como primer objeto de identificación lo cual le ahorra los conflictos que pudiera tener si se tratara de una persona del sexo opuesto. La identificación antecede —como paso—, a la elección de objeto, lo cual resulta práctico pues después de la madre, aparece el padre. El proceso se facilita en la niña; se dificulta sin embargo en el niño. Esto no lo ve Freud, sino al contrario, resalta la ventaja para los hombres de tener como primer objeto de amor a la madre; la omisión de Freud “minimiza” el paso de la identificación y procede directamente a la elección de objeto.

La ternura para la niña, y después para la mujer, es una huella que le recuerda una parte de su identidad que no la pone en conflicto, sino al contrario, le posibilita sus vínculos con el padre y, posteriormente, con sujetos del sexo opuesto.

Aun así, esta coincidencia de género entre la niña y la madre no la exenta de problemas, pero ellos son, a nuestro parecer, de otra índole. Por ejemplo: enfrentar la situación de que el padre es el hombre de la madre, y no suyo. Y el miedo a la madre, no como ese ser que la va a disolver en la indiferenciación —esto le sucede al niño—, sino que la va a matar en la diferencia, porque al enamorarse del padre la hija amenaza a la madre; una forma de no rivalizar con ella es mantenerse como niña, no crecer. Pero esta opción no la libera de la extinción, porque de todos modos muere en la diferencia, es decir, en la no identificación con ella misma, pues esa que debiera ser mujer, se quedó niña.

En cuanto a la envidia, la niña no envidia el pene al niño —¿a cuál niño?—, porque lo importante en esos primeros años es la identificación y ella tiene su modelo en la madre. Lo que puede resultar motivo de envidia es que la madre se presenta ante ella como un todo, que no le falta nada; y la niña es un ser débil, dependiente, como cualquier humano en sus primeros años de vida.

Una vez que crece y se hace mujer, su envidia se desplaza al hombre, pero no hacia su cuerpo masculino sino en cuanto a las compensaciones sociales de las que goza. Conclusión: la niña envidia los atributos biológicos de la madre; la mujer envidia los privilegios sociales del hombre.

¿Cómo se encuentran las identidades?

Un tema muy preocupante para los humanos es el de los encuentros o reconocimientos entre nosotros mismos: ser visto, ser escuchado, ser “tomado en cuenta”, ocupar el tiempo y el espacio del otro, ser “comprendido”, en otras palabras ser incluido en la vida del otro.

Viendo a hombres y mujeres, con sus madres interiorizadas y sus padres marcando la norma, señalando su presencia desde fuera, y a veces desde su ausencia; encontrando a hombres y mujeres con sus resistencias a la ternura, en el primer caso, y sus miedos a la sensualidad, en el segundo, nos podemos preguntar: ¿Acaso hay reconocimiento entre hombre y mujer? ¿Sería adecuado decir que se da el acercamiento entre ellos?

La queja permanente de la mujer al hombre es que éste se ausenta, huye, se escapa. Y si bien la pregunta histórica ha sido ¿qué quiere la mujer?; hacer similar cuestión al caso masculino, es decir ¿qué quiere el hombre?, sería igual de auténtico pues esto tampoco se ha hecho evidente, ni siquiera para ellos mismos, ya que los hombres tampoco están conformes. Por ejemplo, frecuentemente se expresan sobre la mujer diciendo que sienten que no la complacen con nada. Habría que ver si estos dos reclamos se corresponden: el hombre huye de una situación demandante, y la mujer se queja de la ausencia del hombre.

La propuesta para cada uno sería que pensarán, en el caso de los hombres, ¿por qué y de qué huyen?, y así ellos mismos sabrían ¿qué es lo que no quieren?; en cuanto a las mujeres, preguntarse ¿qué le demandan a los hombres?, lo cual dejaría claro ¿qué quieren?

Tal vez estas posiciones de hombres y mujeres nos remiten a la distancia y la cercanía necesarias para la construcción de las identidades. Posiblemente por ello sea sano que la mujer aprenda a hacer la distancia, en lo

que el hombre es experto; y a su vez el hombre sepa acercarse, lo cual la mujer sabe hacer muy bien.

La identidad se conforma de manera permanente en la identificación y en la diferenciación que alternan para hacernos ver lo común y lo propio, porque la vida es esa oscilación de la cercanía a la distancia, de la presencia a la ausencia, es decir, del “contraste”, de ese irrumpir permanente de lo nuevo en la uniformidad “informe” de lo conocido.

Notas

¹ Freud S., “Más allá del principio del placer” en *Obras Completas*, tomo XVIII, Buenos Aires, Amorrortu, 1976, p. 38.

² Assoun P. L., *Freud y la mujer*, Argentina, Nueva Visión, 1994, p. 21.

³ *Op. cit.* Freud S., “Sobre un tipo particular de elección de objeto en el hombre”, *Contribuciones a la psicología del amor I*, tomo XI, p. 175.



“De la luna”